

Remedios Sánchez García  
Manuel Gahete Jurado  
*(Coords.)*



prosopopeya

tirant  
humanidades

# LA PALABRA SILENCIADA

Voces de mujer en la poesía  
española contemporánea  
(1950-2015)

Remedios Sánchez García  
Manuel Gahete Jurado  
*Coords.*

La palabra silenciada

Voces de mujer en la poesía española  
contemporánea (1950-2015)



tirant  
humanidades

prosopopeya

# Esbozo para una poética imposible

MARILUZ ESCRIBANO

---

Nunca he sido una poeta al uso, si es que existen las «poetas al uso», es decir, las poetas de una manera, las poetas de otra o las poetas de en medio. Seguramente porque soy un caso raro. Yo empecé a escribir tardíamente de acuerdo a lo que se entiende por concepto generacional, allá por los inicios de los años setenta. En ese tiempo, tenía treinta y cinco años y cuatro hijos (el quintollegó poco después). Me dedicaba, fundamentalmente, a sostener una familia, a dar clases en la facultad a todas horas (entonces era la Escuela Normal) y, en mi tiempo sobrante, estaba implicada en los movimientos ciudadanos de Granada. Siempre frente al poder, claro, al que he desafiado en la prensa desde que empecé a escribir en *Patria* en 1958 y luego en *Ideal*. Me he dedicado, como el que dice, a intentar hacer literatura en los periódicos durante cuarenta años, literatura, eso sí, con conciencia crítica, de ésa que busca conmover al lector, levantarlo de su silla. Para mí guardaba, escritos a mano, poemas y poemas, para dejarlos dormir en los cajones el sueño de los justos. Prefería leer todo lo que caía en mis manos. De Garcilaso a Ernesto Cardenal pasando por Eliott, Claribel Alegría o los autores rusos. Siempre me ha fascinado la literatura rusa, desde pequeña. Durante mucho tiempo, varios decenios, no imaginé publicar mis versos. ¿Para qué? Si ya todo estaba dicho con Machado, con Juan Ramón, con Lorca...

Sí estuve siempre cerca de los que publicaban, porque a mí, lo que me gustaba verdaderamente era escuchar. Durante años veraneé en Fuengirola y de aquella época recuerdo las tardes de tertulia con José Luis Cano, director de *Ínsula*, Bernabé Fernández Canivell, María Victoria Atencia y otros valiosos autores malagueños. Jamás dije que yo escribiera ni nadie me lo preguntó. Luego, en Granada, compartí lecturas (siempre de poemas ajenos) con Javier Egea, Elena Martín Vivaldi, Antonio Carvajal... autores de

renombre, en la casa-museo de Lorca en Fuentevaqueros que dirigía Juan de Loxa y en la que había mucha actividad cultural.

Pasó el tiempo como un suspiro, las estaciones de los calendarios y, con el inicio de los años noventa, publiqué mi primer libro, *Sonetos del alba*, subtítulo «Veinte sonetos para un jardín». Se publicó en Guadalhorce pero no sé por qué, no tuvo demasiada visibilidad. Tampoco, francamente, yo lo pretendía. De hecho, un poema elegíaco que dediqué después a la memoria de mi madre, *Desde un mar de silencio*, lo edité en una colección no venal maravillosa que dirigía Juan de Loxa, Cuadernos del Tamarit.

Luego, en 1995, Luz María Jiménez Faro, a quien tanto le debe la poesía escrita por mujeres, se interesó y publicó otro libro mío, *Canciones de la tarde*, en Torremozas. Después vinieron años de silencio (me gusta mucho la soledad y el silencio), de no escribir siquiera poesía. Me centré en la narrativa como nuevo reto personal, en obras memorialísticas y luego en relato breve; y en mis alumnos y en vivir, que ya es bastante. Pero en 2005 una crítica joven que había leído los *Sonetos del alba* me pidió que los publicara de nuevo. La tirada de Guadalhorce había sido corta, eso era cierto. Y me arriesgué porque, además, aquella edición contenía bastantes erratas. ¿Es éste un tiempo de sonetos? Ni lo sé ni me importa, francamente, pero me parecía un desafío porque siempre he creído que enfrentarse a la disciplina de la métrica supone un plus de dificultad para hacer un poema. Era lo que yo quería escribir y eso escribí.

Gregorio Salvador hizo el prólogo de esta segunda edición y, aquella crítica, tan joven y tan impulsiva que era Remedios Sánchez, ahora profesora, hizo el estudio. Volví luego, durante muchos años a mi mutismo, a mirar pasar la vida desde las ventanas de mi casa que dan al jardín. Seguía escribiendo, pero nunca me he esforzado en perseguir a un editor para publicar. Soy una poeta emboscada, tal vez demasiado discreta y con ningún marketing, ya lo sé, y eso, seguramente ha propiciado que lo que algunos llaman pomposamente «obra literaria», en lo que a mí respecta, sea poco conocida por los críticos. Bueno, ahora más. En 2013, Hipe-

rión publicó *Umbrales de otoño*, que es el libro donde digo muchas cosas que necesitaba decir, que necesitaba contar, para que no se olviden. Es un libro pensado muy despacio, escrito muy de prisa y guardado en un cajón cerrado con llave varios años. Necesitaba que descansara de mí y yo de él. Los libros de poemas a veces son una carga, porque se abre mucho el alma y yo no soy de expresar demasiados sentimientos. Me gusta que se asienten en el poema y que quede sólo el poso, la esencia. Quienes me quieren (y a quienes quiero) lo saben. La vida me ha hecho así porque no es fácil para alguien a quien le han fusilado a su padre en la Guerra Civil sin apenas tiempo de conocerle (yo tenía ocho meses), a quien le han represaliado a su madre por no ser «afecta al régimen». A quien le han intentado robar la infancia que, al final, siempre es la patria donde refugiarse. Yo me refugio mucho en ella ahora, no sólo en los poemas que escribo, sino en mi vida cotidiana. Ese libro era y sigue siendo un refugio secreto: el de mi memoria de infancia, el del amor a mi padre, que fusilaron por ser el Director de la Escuela Normal de Maestros, el de la admiración a mi madre, primero depurada por la dictadura, luego maltratada por ese régimen, pero siempre atenta a que yo tuviese una infancia lo más feliz posible. ¿Se puede ser feliz sin saber? No lo sé, pero yo en concreto lo fui, jugando con mis «primas» en la Huerta de San Vicente (ellas vivían allí porque su madre, Carmen García, era prima de Federico y su padre, Vicente, era el responsable de que la Huerta produjese). Nosotras jugábamos y, mientras, los mayores hablaban muy bajito de sus muertos, de los muertos de todos. Cada familia tenía un muerto (mi madre, a mi padre, los García a Federico que fue amigo de mi padre...) y, yo, sin darme cuenta, guardé eso en mi inconsciente. Todo esto cristaliza en *Umbrales de otoño*, donde también hay un canto a la amistad verdadera, al paso del tiempo, a los mundos que desaparecen...

Ese libro me ha dado muchas satisfacciones que van más allá del Premio de la Crítica de Andalucía. Me ha liberado, también, me ha permitido decir exactamente lo que yo quería. Porque no siempre escribes lo que quieres, máxime en mi caso, dado yo escribo un poema del tirón. Cuando empiezas, el poema, no sé

bien cómo (tampoco me importa demasiado) toma vida propia, autonomía y libertad ya en la cabeza. Es como una música a la que se le va poniendo letra. Esto a veces desasosiega, pero en este libro, siguió exactamente el camino que yo quería. Incluso en esa música, que a mí me inquieta mucho. Porque la música, aunque haya gente que no se dé cuenta, es muy importante en un poema. Sin música el poema se convierte en prosa y la prosa es punto y aparte, otra cosa diferente. Aunque ahora haya autores que no se aclaren y mezclen géneros, como el que mezcla elementos en una coctelera. Y eso no siempre da buen resultado.

Dos años después de *Umbrales...* se publicó *El corazón de la gacela* que sigue la línea intimista, si es que puede existir una poesía que no sea íntima y personal. La poesía, creo yo, que o es vivida o no es poesía de verdad. Yo nunca he comprendido bien eso de distinguir poesía que se basa en la experiencia de la poesía que no lo es... como si pudiera existir una poesía que no se base en las vivencias de cada uno. Fundamentalmente porque lo que no se conoce, no se puede nombrar, no se puede decir sin que se note el fingimiento. Y si un lector percibe un fingimiento, estás perdido. Lo digo como lectora y como docente. Esa poesía me parece que no conmueve porque no transmite vida, es un experimento que, de antemano, está muerto. La vida es el motor de la poesía y eso no debería olvidarse. ¿Y el lenguaje del poema? Pues uno que pueda entender todo el mundo, un lector medio. Me dejan muy sorprendida estos poetas nuevos que dicen que la poesía no debe ser comunicación ni tiene que emocionar ni ser comprendida por el lector. Eso no creo que sea poesía de verdad: eso es gaseoso que ha perdido el gas, que está echada a perder. O sea, para mí, nada, un fracaso que imita a las vanguardias pero infinitamente más aburrido. Me preocupa (y me ocupa) que estas nuevas generaciones no sean capaces de mantener el entusiasmo y el respeto que se ha tenido siempre a la poesía como algo compartido entre poeta y lector. Si no hay lector, ¿qué función cumple el poema en la sociedad de hoy?

Pero no quiero perder el hilo... La poesía, para mí, es un acto íntimo, una comunión que comparten dos personas que no se

conocen, y ahí está la magia: quien escribe con quien lee; no en los recitales, sino en la soledad compartida que es el resguardo de cada cual. Y ahí no caben los triples saltos morales, los artificios de pirotecnia. Ahí nos desnudamos de verdad. A mí me pasó también en *El corazón de la gacela*, que es mi último libro publicado. Ese poemario, como todos, está muy pensado, es un testamento vital que quiero dejar a mis hijos, a mis amigos, a la gente que sigue buscando en un poema la emoción, la verdad y la historia. Porque en mi poesía la historia tiene mucha importancia. La historia vivida y la historia perdida, el sufrimiento de las muertes sin sentido de aquella guerra, la represión y la lucha contra esa represión que dejó tanto sufrimiento, los fantasmas de un pasado que no debe olvidarse para que no se repita. Seguramente soy una poeta atípica, lo mismo que soy una mujer atípica, pero eso, a estas alturas, ya no lo puedo cambiar. Ni tampoco quiero. Por eso agradezco mucho a Visor que haya publicado una antología de mi obra. Mucha gente me ha escrito a raíz de ese libro, *Azul melancolía*, que recoge los poemas que creo que mejor me representan con los temas que para mí resultan clave: la infancia, la melancolía que reposa en el recuerdo, las figuras de mis padres y su mundo, una vida de mujer normal enfrentada a lo «políticamente correcto» y la Historia (con mayúsculas) que muchos quieren desdibujar, olvidarla a ser posible, pero yo me niego, porque los errores que se olvidan o se ignoran, acaban por repetirse. Ser poeta, para mí, es implicarse en la realidad cotidiana, empezando con la de una misma, una forma de ser y de estar en el mundo. Y puedo hacerlo, porque desde siempre escribo desde mi libertad, como quiero y cuando quiero, porque nunca he buscado nada más que responder a una inquietud que vive dentro de mí. Al margen de corrientes estéticas y de grupos, yo soy un verso libre. Me he sentido muchos años, como decía Gloria Fuertes, una isla ignorada, aunque ahora tengo la suerte de que me lean. Es un premio, un lujo. Por eso, porque soy demasiado normal, una mujer que ha vivido, que vive y que siente como cualquier otra, yo no puedo escribir una poética. Lo único que me diferencia de otra persona que siente, que sufre y que sobrevive, es que yo lo escribo y hay gente que lo lee y

se identifica porque tenemos una verdad compartida. Tengo uncompromiso con la palabra y en ella me cumplo.



prosopopeya

A lo largo de la Historia de la Literatura el papel de las escritoras ha quedado habitualmente oscurecido exclusivamente por cuestiones de género ajenas a la calidad literaria. Si recordamos las diferentes generaciones que conforman la poesía española del siglo XX, podemos constatar que, tanto en los manuales como en la memoria colectiva, no queda más que una lista de nombres y obras de escritores valiosos sí, pero generalmente, masculinos. De ahí el la necesidad de *La palabra silenciada. Voces de mujer en la poesía española contemporánea (1950-2015)*, una obra donde se reúnen treinta estudios críticos sobre las autoras más relevantes del período comprendido entre 1950 y 2015 con las reflexiones de quince de las propias protagonistas, a fin de reconstruir la verdad completa de una historia ideológicamente manipulada. En este ensayo coral se confirma que las poetas siempre estuvieron ahí, aunque no se haya prestado la debida atención a sus textos en detrimento de la verdad de nuestra historia literaria. En *La palabra silenciada. Voces de mujer en la poesía española contemporánea* se rescata su trayectoria analizando sus poemarios y sus circunstancias vitales para comprobar su aportación fundamental a la evolución de la poesía española a fin de reconstruir la auténtica identidad plural y poliédrica de nuestra literatura. Y todo desde una postura de defensa de que, lo valioso en poesía, reside en la aportación cualitativa e innovadora de sus protagonistas y nunca en una discriminada y extraliteraria cuestión de género.

 **tirant**  
humanidades  
prosopopeya

+ebook  
GRATIS

**La palabra silenciada**  
Voces de mujer en la poesía española  
contemporánea (1950-2015)

Remedios Sánchez García  
Manuel Gahete Jurado  
(Coord.)

 **tirant**  
humanidades  
prosopopeya